

SECCIÓN DE OBRAS DE PSICOLOGÍA, PSIQUIATRÍA Y PSICOANÁLISIS

LA SALUD MENTAL COMUNITARIA

ANA MARÍA DEL CUETO

LA SALUD MENTAL COMUNITARIA

Vivir, pensar, desear



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2014

Del Cueto, Ana María

La salud mental comunitaria : vivir, pensar, desear . - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura
Económica, 2014.

165 p. ; 21x14 cm. - (Psicología, psiquiatría, psicoanálisis)

ISBN 978-987-719-012-0

1. Psiquiatría. 2. Salud Mental. I. Título

CDD 362.2

Armado de tapa: Hernán Morfese

Foto de solapa: Mariana Lerner

D.R. © 2014, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN 978-987-719-012-0

Comentarios y sugerencias:
editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que previene la ley 11723

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	13
<i>Breve introito sobre la salud mental comunitaria en Argentina</i> ...	15
I. <i>Vivir, pensar, desear</i>	23
II. <i>Construyendo un nosotros</i>	41
III. <i>La potencia de la comunidad</i>	49
IV. <i>Los modos de conocimiento en los encuentros</i>	65
V. <i>Las reformulaciones psicoanalíticas pensando al sujeto comunidad</i>	75
VI. <i>Del pensamiento binario al pensamiento rizomático</i>	95
VII. <i>El planómetro. Hacia una cartografía conceptual</i>	111
VIII. <i>Los grupos y el psicodrama. Unidad de análisis, investigación e intervención</i>	119
<i>Anexo 1. De la metodología de investigación acción</i>	141
<i>Anexo 2. Síntesis de la propuesta metodológica de intervención en salud mental comunitaria</i>	157
<i>Bibliografía</i>	163

A Federico, Matias y Emiliano
A Barbara

Inútilmente, magnánimo Kublai, intentaré describirte la ciudad de Zaira de los altos bastiones. Podría decirte de cuántos peldaños son sus calles en escalera, de qué tipo los arcos de sus soportales, qué chapas de zinc cubren los techos; pero sé ya que sería como no decirte nada. No está hecha de esto la ciudad, sino de relaciones entre las medidas de su espacio y los acontecimientos de su pasado: la distancia al suelo de un farol y los pies colgantes de un usurpador ahorcado; el hilo tendido desde el farol hasta la barandilla de enfrente y las guirnaldas que empavesan el recorrido del cortejo nupcial de la reina; la altura de aquella barandilla y el salto del adúltero que se descuelga de ella al alba; la inclinación de una canaleta y el gato que la recorre majestuosamente para colarse por la misma ventana [...]. Pero la ciudad no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en los ángulos de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, surcado a su vez cada segmento por raspaduras, muescas, escisiones, cañonazos.

ITALO CALVINO, *Las ciudades invisibles*

I. VIVIR, PENSAR, DESEAR

¿DE QUÉ HABLAMOS cuando nos referimos a una intervención en salud mental comunitaria? Hablamos de algunas cuestiones teóricas mixturadas con prácticas concretas desordenadas que se agolpan sobre necesidades y derechos. Sin negar el acoplamiento de estas cuestiones en una intervención comunitaria, nos resulta a veces arduo buscar su especificidad. Y es evidente que la formación profesional de los equipos interdisciplinarios¹ encargados de realizarla obstaculiza a veces su quehacer y los constituye como un riesgo dentro de la propia intervención.

Cuando hablamos del quehacer de un profesional del campo *psi*, la intervención comunitaria se realiza sobre la producción subjetiva de una comunidad con la intención de provocar un cambio producido por los propios sujetos. Esto tiene que ver con el análisis realizado por el sujeto comunidad sobre sus creencias, ideas e ilusiones; la forma en que piensan su vida, la de su comunidad, su futuro. En general se realiza desde una institución (pública, comunitaria o de la sociedad civil), que tiene además sus propias reglas, sus propios deseos y su propia idea de los cambios que deben ocurrir en esa comunidad. Vemos así que nos encontramos inmersos en un universo complejo y heterogéneo, no lineal, desconocido y extraño que debemos explorar.

Siguiendo la simple y clara definición de Ardoíno,² una *intervención* hace referencia al procedimiento por el cual, con un enfoque teórico técnico particular, se pretende conocer y estudiar lo que

¹ Si bien este es el nombre que tienen actualmente, deberíamos designarlos como "trabajadores de la salud mental", intentando así recuperar el sentido de la historia de la salud mental en nuestro país, de sus prácticas y sus teorizaciones.

² Jacques Ardoíno, "La intervención. ¿Imaginario del cambio o cambio de lo imaginario?", en *La intervención institucional*, México, Folios, 1981.

acontece y la dinámica de evolución y cambio que puede derivarse de dicha intervención. En todos los casos se alude a la inclusión de un tercero, el que interviene, en relación a un estado preexistente, con una historia y devenir propios. Comprende además la intervención en la red institucional pública y privada presente, en acto o en efecto, en esa comunidad.

El concepto de *comunidad*, tal como lo presento aquí, es un conjunto de muchas y muchos, unidos en un territorio que conforma una cartografía particular de orden biológico, social, maquínico, gnoseológico, que establecen uniones y relaciones de contenido y expresión heterogéneas al agruparse a partir de un interés común muchas veces errático y parcial. El encuentro con lo común contribuye a la conexión y la creación de redes múltiples con el propio territorio y con otros semejantes. Los muchos y muchas producen un régimen de afectación colectivo que los define comunitariamente en el aquí y ahora y que puede desarmarse sin razón aparente. Las comunidades de este mundo globalizado en que vivimos, como las entiendo, son lábiles y extremadamente inasibles. Su fuerza es producida por ideas y pensamientos que construyen un *nosotros* a veces no regido por las leyes del territorio geográfico. Los nuevos modelos comunitarios exigen una reinención de las prácticas y poner en el centro del debate de la intervención la política de lo común, el encuentro con lo común, el establecimiento de lo común, la potencia que da lo común en el punto de encuentro de los intereses particulares con los intereses comunitarios. Pensar el mundo, el nuestro, el de él, el tuyo, es pensar los movimientos que lo afectan, las multiplicidades que incluyen la historia y demuelen las estructuras preconcebidas. El encuentro con lo común, aunque sea tenuemente, encuentra la multiplicidad de potencias deseantes cuando se establece un nosotros comunitario.

Incluir temas como salud mental, producción subjetiva, grupos, multiplicidad, ciudadanos, pueblo, derechos humanos, ética, política, metodologías, territorio, expresión, contenido, cuando intentamos producir algún conocimiento sobre una intervención comunitaria, colocándolos en el mismo plano, muestra la imposibilidad de nom-

brar un universo complejo desde un solo concepto, teoría o práctica. El plano evita la dicotomía en que nos incluye un pensamiento dual, de opuestos que aleja los grises y la heterogeneidad presente en este campo de conocimiento.

Intentaré desarrollar algunos de estos conceptos e ideas, acoples de pensamientos, que se diferencian, se contraponen y dan cuenta de una diversidad de expresiones y contenidos que puntualizan esa realidad ocupando un espacio en ese plano indivisible. El plano garantiza el contacto y nos permite pensar la relación que existe entre los elementos heterogéneos y complejos que lo pueblan. Esto es lo que conforma una cartografía conceptual, ya sea cuando nos referimos a una intervención concreta que se construye cada vez o cuando hacemos referencia, en el plano abstracto, a un posible modelo metodológico de intervención en salud mental comunitaria. En realidad, se trata de un modelo para armar y construir en cada intervención.

Intentaremos forzar nuestro pensamiento atravesado por un pensamiento arborescente, amigo de estructuras y totalizador, de respuestas preestablecidas, para dar lugar a un pensamiento rizomático, permeable a conexiones con ideas, conceptos, afectos. Violentemos nuestro pensamiento para que adquiera "libertad de movimientos". Tomaré del francés la expresión *clé de champs*, que se entiende como "*liberté de mouvements*", que corre de eje la concepción de los derechos humanos sobre el derecho que tiene toda persona a circular por el territorio geográfico que desee. En este caso se refiere a la libertad de movimiento en los pensamientos, e indica la búsqueda de formas y contenidos que nos permiten salir de un campo considerado cerrado hacia un terreno libre, organizando cuerpos conceptuales que interfieren dimensiones instituidas o preestablecidas.

Cuando una disciplina, un campo de conocimiento, restringe su campo de intervención, restringe necesariamente ideas, pensamientos, teorías que implican y atañen a su propio campo. Cuando las formaciones universitarias se dedican casi exclusivamente a preparar académicos que dan cuenta solo de teorías que competen

al sujeto individual, dejando de lado en la formación los grupos como objeto teórico y como práctica concreta, suponen que los procesos de producción subjetiva que dan cuenta de lo colectivo (la historia, lo social, lo comunitario) son externos al sujeto. Tanto las disciplinas como las formaciones universitarias parten de la idea de un sujeto aislado encerrado en el *sí mismo*.

Frente a la pregunta ontológica de cómo adviene el ser, inevitablemente aparece el tema de los comienzos, de los inicios. ¿Y en el principio qué fue? ¿El sujeto? ¿La familia? ¿La comunidad? ¿Qué entendemos por social, por individual, por comunitario? La producción colectiva, múltiple, heterogénea, plena de sujetos individuales ¿precede al individuo y, por ende, a “los procesos de individuación”?

En esta tensión entre lo individual y lo preindividual, se instalaría la subjetividad del sujeto, entendido como sujeto singular, histórico, social, y tomando por preindividual lo que engloba desde la percepción, la lengua, la producción económica dominante en esa sociedad, o sea, el conjunto de las fuerzas productivas.³

Nos hemos ilusionado pensando que lo social, lo histórico, lo político, el Estado, los medios de producción están por fuera del individuo, por fuera de su constitución subjetiva. Hay distintas posiciones y distintas teorías. Cabe aclarar que cuando hablamos de producción subjetiva, estamos haciendo referencia a cómo se produce la subjetividad interviniendo en su constitución desde los complejos procesos de identificación que ocurren en la intimidad de las relaciones familiares hasta cómo la “afectan”, en el sentido del *afectus* spinoziano, los medios de producción, el momento histórico particular, el Estado, la política. Los procesos de producción subjetiva nos hablan del entrelazamiento que existe entre el advenimiento del ser al orden simbólico y su constitución como sujeto psíquico, y su ser en el mundo, un mundo que le es propio, que lo

³ Para un mayor desarrollo de esta cuestión, véase Paolo Virno, “Multitud y principio de individuación”, trad. de Beñat Baltza, en *Multitudes*, núm. 7, diciembre de 2001. Disponible en línea en: <http://www.sindominio.net/arkit-zean/multitudes/virno_multitud.html>.

constituye, produciendo a la vez el psiquismo y un sujeto histórico/social y político. Agregaríamos que el orden simbólico no es reductible solo a la lengua y al habla, sino que incluye otros sistemas significantes. Sin negar la potencia de la lengua, incluiremos en la enunciación la dimensión corporal, afectiva, social, ética y política. Todo tipo de semióticas⁴ presignificantes.

Bajtín afirma que todo acto de habla es un acto social, implica una obligación social. Las semióticas corporales presignificantes, como los gestos, las posturas, los movimientos, las actitudes, son partes que integran los componentes de enunciación.

Siguiendo y ampliando a Mijaíl Bajtín,⁵ Félix Guattari no encierra la enunciación en la lengua, sino que invierte el punto de vista de la lingüística y de la filosofía del lenguaje y hace de la enunciación el núcleo activo de la creatividad lingüística y semiótica. Desarrolla el concepto de que la enunciación no es una realización individual del fenómeno de la lengua, sino que está compuesta por dimensiones corporales, afectivas, sociales, éticas, políticas y semióticas presignificantes. Toma como ejemplo las modalidades de expresión de las minorías: las mujeres, los niños, los artistas, los locos. Toda locución implica una obligación social; siempre hay un desvío, una disyunción entre el deseo y las expresiones corporales, y el lenguaje y las proposiciones de la lengua. Las semióticas corporales presignificantes (los gestos, las posturas, los movimientos, las actitudes), las formas no discursivas, son partes integrantes de los componentes de enunciación. Los procesos de producción subjetiva engloban tanto a la familia como lo social, lo económico, lo

⁴ Con este término se designa, por una parte, una facultad y, por otra, una disciplina del conocimiento. En cuanto facultad, es el nombre de la facultad cognitiva de que dispone el hombre para la producción de toda clase de signos (entre los cuales, pero no de modo exclusivo ni preferencial desde la perspectiva por la que opto, están los lingüísticos). En cuanto disciplina del conocimiento, es el nombre con el que se designa el estudio de toda clase de signos: básicamente, íconos, índices y símbolos, para explicar por qué, cómo y con qué eficacia se producen, circulan y se transforman las significaciones vigentes en un determinado ámbito social.

⁵ Mijaíl Bajtín, *Estética de la creación verbal*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

político, las formas de vida. Aluden a la existencia bio-psico-social. A partir de sus concepciones, Guattari modifica esencialmente la idea de inconsciente.⁶

Es necesario diferenciar los procesos de constitución del psiquismo de la producción de subjetividad. La producción de subjetividad incluye no solo la constitución psíquica del sujeto en tanto que humano, sino todos aquellos aspectos que hacen a su construcción social, en términos de producción y reproducción ideológica y de articulación con las variables sociales incluidas en la formación del sujeto psíquico, que lo inscriben en un tiempo y un espacio particulares desde el punto de vista bio-socio-histórico-político. Por lo tanto, su constitución psíquica se desarrolla en el contexto social e histórico en el que el sujeto vive, se desarrolla y es afectado por los distintos encuentros. Este contexto es en realidad un texto que lo atraviesa y lo define.

Si somos rigurosos, deberíamos hablar solo de producción de subjetividad. La mente y el cuerpo en el mismo plano.

El ser humano posee la facultad cognitiva para producir, crear y reproducir todo tipo de signos. Su subjetividad se fabrica tanto en la intimidad del medio familiar como en las grandes máquinas sociales, de los medios masivos, lingüísticas, económicas, globalizadas. Es constitutiva del sujeto y, a su vez, es recreada o reproducida en efecto de repetición. Es tanto individual como colectiva, lo que no significa "social". Se despliega en lo social más allá del individuo y, hablando de intensidades preverbales incluidas en los subconjuntos y conjuntos delimitados socialmente, responde a una lógica de los afectos.

En general, las formaciones universitarias de la mayoría de las disciplinas que conforman los equipos interdisciplinarios privilegian las acciones que se centran en investigaciones cuantitativas o cualitativas que toman la comunidad fragmentada en el uno a uno o en las

⁶ Felix Guattari, "El acto y la singularidad" y "Rehabilitación del síntoma", en Ana María del Cueto, *Diagramas de psicodrama y grupos. Cuadernos de bitácora 2*, Buenos Aires, Madres de Plaza de Mayo, 2009.

relaciones familiares. Sin desestimar estas acciones y a pesar de que los proyectos proponen la necesidad de participación comunitaria, hay una ausencia de complementariedad y de nexo entre dichas acciones y el protagonismo que debería darse a la multiplicidad que presentan los grupos comunitarios.

En el caso específico de las profesiones psi, la formación está indisolublemente unida al psicoanálisis y sus distintas líneas teóricas. Con algo de dogma de sistema de creencias y de acto de fe, el psicoanálisis se establece en la intersección entre lo público y lo privado y traza una nueva línea. Con su advenimiento, “un nuevo paisaje ha nacido”, dice Deleuze. Impregnó todos los órdenes. Produjo subjetividad social.

El traslado de la relación analítica desarrollada en la intimidad de la consulta privada, por fuera de lo ya instituido, a las instituciones asistenciales ha puesto en cuestión qué es propio del psicoanálisis como teoría y qué del dispositivo analítico del psicoanálisis pensado en tanto su institución. Pero no debemos confundir la forma con el contenido. El trabajo hospitalario; los análisis que trascurren en las instituciones públicas; el trabajo con los grupos —sean terapéuticos o comunitarios—; los talleres sobre violencia, educación sexual, nutrición; las terapias familiares; los análisis institucionales y las terapias de pareja amplían sus horizontes y la atención de la salud. Permitamos que el psicoanálisis nos habilite en tanto práctica instituyente.

Con la entrada en escena de lo microsocioal se intenta pensar teóricamente estas cuestiones y sus especificidades. Los aportes y desarrollos tanto del análisis institucional como del pensamiento sobre lo grupal enriquecen conceptualmente el pensar lo comunitario, habida cuenta de la relación íntima y entrelazada que existe entre la comunidad y las instituciones que la habitan. Surgen conceptos como intervención, transversalidad, implicación, grupos sujeto/grupos objeto, instituido/instituyente, el concepto de biopoder/biopolítica desarrollado por Foucault y retomado por Mauricio Lazzarato. Nos preguntamos acerca de cómo las ideas y las formas de trabajo se inscriben así en juegos de poder científicos,

que legitiman ciertos saberes y prácticas denegando otros. Nos interrogamos sobre cómo se produce la subjetividad, sobre el privilegio de lo imaginario, sobre cómo se mueven las redes del poder y qué es propio del campo de la salud mental. Estas y otras cuestiones nos atraviesan y nos conmueven, ya que vemos peligrar nuestra práctica preservada del encierro en las relaciones duales.

Pero no debemos olvidar que nuestro objetivo no es otro que hacer que el sujeto (persona, grupo, comunidad) descubra una verdad sobre sí mismo y sobre su deseo. Más que pensar en los límites del psicoanálisis, deberíamos pensar en todo lo que nos habilita en tanto teoría viva e instituyente. El psicoanálisis nos lega un andamiaje teórico y clínico que, buscando la verdad, a veces se rigidiza y otras es trabajo sobre el abismo, sobre un pliegue que busca otro pliegue.

Si hablamos de la ética analítica y de la ética del psicoanálisis, no podemos disciplinarla confundiendo la forma con el contenido. Nuestra práctica clínica deberá orientarse a pensar e intervenir sobre la producción subjetiva. Ulloa hablaba de una “clínica de la salud mental” que presenta a la “salud mental como una producción cultural, no solo diferente a toda enfermedad, sino como un recurso ‘curativo’ que optimiza los procesos terapéuticos puestos en curso diferenciando así una clínica de la salud mental de una clínica de las enfermedades”,⁷ cualquiera sea su naturaleza.

Cuando un profesional o un equipo de profesionales se dispone a intervenir a través de programas preventivos o atendiendo riesgos que abarcan a grandes sectores de la población, a poco de andar comprueban que, si la tarea se plantea de manera individual, dichos programas no se pueden implementar. Se puede llegar a abarcar áreas de la población con problemáticas específicas (sexualidad, drogadicción, crianza, adolescencia, tercera edad) a través de la intervención con grupos. Otra cuestión que nos inquieta es que siempre llevamos a cabo la intervención desde una institución que nos impone sus propias reglas, sus deseos, sus mo-

⁷ Fernando Ulloa, *Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica*, Buenos Aires, Paidós, 1996.

vimientos políticos e ideológicos, que la mayoría de las veces están alejados de las necesidades y situaciones que se plantean en esa comunidad determinada.

Agreguemos a esto nuestra propia formación, nuestras ideas, nuestros deseos. Somos, en algún sentido, extranjeros sobre aquello que intervenimos. Sentimos, deseamos, amamos e intentamos pensar que así se desea, así se ama, así se piensa el futuro. Naturalizamos nuestra verdad. Nuestra producción simbólica imaginaria es distinta, diferente al lugar en que solemos intervenir a pesar de hablar la misma lengua. Cuando hablamos de intervención comunitaria desde nuestro campo de conocimientos, *intervenimos sobre la producción subjetiva* de esa comunidad o grupo comunitario. En realidad deberíamos hablar, para ser exactos, de una intervención en la salud mental de esa comunidad. Es necesario que tanto los profesionales, los técnicos y los operadores puedan transitar el difícil camino de poner en cuestión ideas preconcebidas acerca de lo que es esa comunidad y qué sería bueno para ella, transformando su quehacer y sus pensamientos, dando lugar a la participación y a la multiplicidad de sentires e ideas que surgen en el sujeto comunidad.

Y si nos atrevemos y salimos de la protección de las relaciones duales, a poco de andar encontramos grupos de todo tipo: naturales, institucionales, autogestivos, comunitarios, de chicos, de viejos, de jóvenes, de mujeres... Y si queremos intervenir comunitariamente, se nos impone la evidencia de que es a partir del trabajo con los grupos presentes en instituciones, organizaciones intermedias, grupos comunitarios espontáneos, servicios públicos, etc., que se realiza la intervención.

Por lo tanto, para diseñar una estrategia de intervención en salud mental comunitaria eficaz y que dé cuenta del trabajo específico con amplios sectores de la población, tomaremos al *grupo como unidad de análisis y modo posible de intervención*. El grupo es la unidad colectiva mínima que da cuenta de lo comunitario; en ese sentido, es un conjunto bio-micro-social.

Todo proceso grupal brinda la posibilidad, pero no per se, de elaborar y transferir conocimientos, de intercambiar y aprender, de desa-

rollar las potencialidades individuales. En él operan inscripciones sociales e históricas que ponen en evidencia las significaciones imaginarias sociales de una comunidad determinada. Los grupos crean y generan un espacio intermedio, estratégico entre las instituciones, las organizaciones intermedias y el equipo de trabajo. Es en este espacio donde se produce y se posibilita, pero no per se, la constitución de un nosotros necesario para la realización de una intervención.

El psicodrama, en tanto procedimiento técnico y como método de investigación cualitativa, devela y revela los procesos de producción subjetiva de la dimensión comunitaria, y el grupo su unidad de análisis. En el espacio del grupo dispuesto a dramatizar, el psicodrama pone en escena la potencia de ser de un recuerdo, de una idea, de una ilusión, de una fantasía. Llevar al límite de lo posible esa potencia es la función y el sentido de las técnicas utilizadas. Toda escena, dramatización o ejercicio tiene la intensidad que le es propia, poca, mucha o moderada. Cuando aplicamos la técnica psicodramática desplegando escenas en el aquí y ahora grupal, intentamos que estas muestren sus afectos y afectaciones. Tenemos presente que es un lugar de "como si", refiriéndonos a la recreación, repetición o rememoración de aquello planteado por el grupo. Pero si nos remitimos a la potencia desplegada por la escena, ese lugar de "como si" adquiere trazas de realidad. El espacio del grupo, ese espacio dialógico del "entre", en círculo legaliza y evita *forcluir* el cuerpo de la mirada colectiva.

Psicodrama y grupos. Grupos y psicodrama.

Existe una unión indisoluble entre estos dos campos de conocimiento. Están en permanente relación. Más allá de la aplicación de las técnicas psicodramáticas, en el grupo todo el tiempo se despliegan escenas que un coordinador entrenado sabe ver y pensar. Son expresiones de los afectos que circulan permanentemente y se manifiestan en las percepciones, los gestos, las palabras, lo no dicho. El psicodrama tiene su mirada puesta en el grupo. El mundo del grupo y el psicodrama constituyen un mundo de encuentros y desencuentros, de serialidades. De masificaciones y de recortes singulares. De parcialidades.

Uno de los obstáculos epistemológicos con que se encuentran aquellos profesionales y/o técnicos cuyas prácticas dan cuenta de lo grupal es la necesidad de construir teorías unicistas totalizadoras. Toman al grupo como objeto discreto y esto les impide abarcar el campo múltiple y complejo de los fenómenos grupales. Todo acontecimiento grupal nos remite inevitablemente a campos problemáticos de saberes que no pueden ser desarrollados de manera unívoca. La exigencia de una formación especializada, tanto teórica como técnica, casi ausente de las formaciones de grado y un cierto temor al caos que provoca un grupo en su devenir abonan la idea de fracaso asociada a la grupalidad, cuando en realidad la mayoría de las veces se relaciona con la multiplicidad de ideas, conceptos y afectos que presenta el quehacer grupal. Lo individual aparece más aprehensible, más ordenado, menos expuesto.

El mundo del grupo es un mundo poblado de afectos. Y cuando hablamos de afectos debemos desgranar todos ellos: amor, odio, envidia, solidaridad, cariño, celos; según el decir spinoziano, pasiones tristes y pasiones alegres.

Advirtamos que un grupo puede ceder la cuestión del encuentro y del conocimiento por la obediencia acomodando su pensamiento y sus acciones en relación a la ley: ley de las teorías, leyes jurídicas, leyes sociales. No hay así composiciones y descomposiciones de encuentros que den conocimiento de lo que acontece. No encontramos líneas. Encontramos estructuras preconcebidas que dicen cómo, dónde y por qué. Encontramos aquello que buscamos. A veces esto nos tranquiliza, pero también nos ahoga en repeticiones. El caos a veces es solo confusión y angustia. No toda confusión es creación. Pero hay un cierto caos, una cierta búsqueda de recorridos, de puntos notables para encontrar el rumbo que luego son abandonados para hallar otros, que tienen que ver con experimentaciones, con caminos singulares del grupo, de la persona, de su coordinador. Y entonces tratamos de encontrar qué es esto para mí, para ti, para él.

Un interrogante interesante es por qué pensamos que cuando integramos un equipo de trabajo que realiza una intervención en

salud mental comunitaria debemos dejar de lado todo lo que sabemos, lo que nos preguntamos, incluso el dar la palabra en una clínica de lo individual. Pensamos que debemos aplicar modelos motivacionales o sociológicos y no que debemos escuchar, observar, pensar, dejar hablar...

Si hablamos de una intervención en los grupos que conforman una comunidad, nos acercamos al universo de la percepción con que dichos actores sociales visualizan sus relaciones familiares, institucionales y comunitarias: qué es lo que perciben como riesgo individual, familiar, institucional y comunitario; cómo es la relación que mantienen entre sí y con las diferentes instituciones; cuál es el futuro que visualizan para sí; qué estrategias de convivencia han implementado; cuáles son sus significaciones imaginarias que los diferencian de otras comunidades.

Una pregunta que nos planteamos es cómo lo colectivo produce iguales y distintos tipos de subjetividades. Nos esperamos pensando que aquello que denominamos “lo social”, “el Estado”, “la política”, “la moneda”, “los modos de producción” están por fuera del individuo. En realidad, son constitutivos de nuestra producción subjetiva. No hay sociedad sin imagen de pensamiento que devenga de una máquina abstracta que controle los agenciamientos de deseo y de enunciación. Esta máquina abstracta no se confunde con el Estado; su papel es organizar los enunciados dominantes y el orden establecido, las lenguas y los saberes, las acciones y los sentimientos adecuados a dichos órdenes. Tiene relaciones de interdependencia con el Estado. Es así como se crea y se produce la subjetividad capitalista que en este momento corresponde al *capitalismo mundial integrado*, que es diferente a la subjetividad de la Modernidad y a la subjetividad producida durante el feudalismo. Esta subjetividad así entendida es en realidad fabricada, modelada, consumida y producida.

No dudamos de que la sociedad —eso que llamamos comunidad, nuestro territorio particular y el global—, ha experimentado transformaciones en los últimos cincuenta años. Lo que era, ya no es o es de otra forma. Cambios en las ideas, los bienes de consumo,